

Los bruzundangas



CAPÍTULO ESPECIAL

Los samoyedas

*Vacíos estáis de Cristo, los que os justificáis por la ley:
de la gracia habéis caído.*

Epístola de San Pablo a los Gálatas

Quería evitarlo, pero me veo en la obligación de hablar de la literatura de Bruzundanga. Es un capítulo de los más delicados, que no me siento del todo capacitado a tratar.

Disertar sobre una literatura extranjera supone, entre muchas, el conocimiento de dos cosas primordiales: ideas generales sobre literatura y fácil comprensión de la lengua de ese pueblo extranjero. Yo llegué a entender a la perfección la lengua de Bruzundanga, esto es, la hablada por la gente instruida y escrita por numerosos escritores que juzgué excelentes. Sin embargo, aquella que escribían los literatos relevantes, solemnes, respetados, nunca conseguí entenderla, pues redactan ellos sus obras o, mejor dicho, sus libros, en otra muy diferente de la habitual, a la cual consideran la auténtica, la legítima, con la justificación de que dispone de obras de ficción de dos o tres siglos de antigüedad.

Cuanto más incomprendible resulta, más admiran al escritor que la escribe todos aquellos que no entienden su escritura.

Caí en la cuenta, aun así, de que mis noticias de esa República distante no serían completas de no dar alguna información acerca de sus letras; y decidí vencer esta vacilación al instante, como ahora sucede.

Bruzundanga no podía dejar de tenerlas, dado que todo pueblo, tribu, clan o colectivo humano, en suma, posee su literatura y el estudio de ellas ha contribuido sobremanera a que nos co-

nozcamos a nosotros mismos, a que nos comprendamos mejor y nos relacionemos de mejor manera en sociedad, en humanidad, a fin de cuentas.

Sería una laguna por mi parte no decir nada sobre las bellas letras de Bruzundanga, que las tiene como todos los países, a excepción del nuestro que, tal y como ha sentenciado la *Gazeta de Noticias*, no merece tenerlas, puesto que el literato no halla función social en nuestra sociedad, opinión que ha provocado la protesta de algún sociólogo imprevisto. A buen seguro han de recordar este episodio, creo yo. Prosigamos, no obstante, en Bruzundanga.

Hay en ella literatura oral y popular de canciones, himnos, coplillas, fábulas, etc.; aunque todo ese folclore no haya sido recopilado ni escrito, de tal modo que poco les puedo contar acerca de él.

Con todo, puedo reproducir aquí un cuento popular que me narraron con todo el sabor de la ingenuidad y los modismos propios del pueblo, si bien su reproducción no conserve más el encanto de las frases simples y las imágenes familiares de las narraciones anónimas de los colectivos humanos.

En la versión popular de la curiosa República, el cuento se titula «El general y el diablo», existiendo una variante bajo el título «El padre y el diablo». Como no me sabía de memoria las palabras de la versión más extendida ni las de su variante, he aprovechado el asunto, parte del cuerpo de la «historia», y aquí la narro, a buen seguro muy desvirtuada, bajo el encabezamiento de:

SU EXCELENCIA

El ministro salió del baile de la embajada y se montó enseguida en su carro. Desde las dos, había soñado con aquel momento. Deseaba encontrarse solo, a solas con su pensamiento, reflexionar sobre las palabras que había pronunciado, recordando las actitudes y las miradas de asombro de los circunstantes. Por eso había subido al *cou-pé* aprisa, ansioso, sin reparar siquiera si era el suyo, de hecho. Venía ciego, tocado por sentimientos complejos: orgullo, fuerza, valor, vanidad.

Todo él era un pozo de certeza. Estaba seguro de su valor intrínseco, seguro de sus cualidades extraordinarias y excepcionales. La respetuosa actitud de todos y la deferencia universal que lo rodeaba no eran sino el signo de convicción generalizada de que él constituía una representación del país, la encarnación de sus anhelos. En él residían las apesadumbradas quejas de los humildes y los grandiosos deseos de los ricos. Las oscuras determinaciones de las cosas, con buen tino, lo habían elevado hasta allí, y más alto lo llevarían, visto que solo él, él solo y en exclusiva, sería capaz de hacer que el país alcanzara el destino que sus precursores le habían impuesto...

Sonrió cuando esta frase se le presentó ante los ojos, enteramente escrita en caracteres de imprenta, en un libro o en un diario cualquiera. Se acordó de su discurso reciente:

«En la vida de las sociedades, como en la de los individuos...».

¡Qué maravilla! Tenía algo de filosófico, de trascendente. ¿Y el éxito de aquel fragmento? Lo recordó en su integridad:

«Aristóteles, Bacon, Descartes, Spinoza, Spencer, así como Solón, Justiniano, Portalis e Ihering, todos los filósofos y juristas afirman que las leyes deben basarse en las costumbres...».

La mirada, de gran brillo, llena de admiración —la mirada del líder de la oposición— había sido la mayor prueba del efecto de su frase...

¡Y al concluir! ¡Oh!

«Señor, nuestro tiempo es de grandes reformas; sigámoslo; ¡reformémonos!».

El protocolo apenas pudo contener el entusiasmo con que los presentes recibieron ese final.

El auditorio deliró. Las palmas estallaron y, en el interior del gran salón iluminado, le pareció que recibía el aplauso de toda la Tierra.

El carro continuaba a la carrera. Las luces de la extensa calle parecían un único trazo de fuego; después, desaparecieron.

El vehículo corría entonces vertiginoso rodeado de una niebla fosforescente. En balde sus ojos se abrían desmesuradamente; no había contornos, formas donde se pudieran posar.

Miró el reloj. ¿Se había parado? No, pero marcaba la misma hora, el mismo minuto de salida de la fiesta.

—Cocheo, ¿adónde vamos?

Quiso bajar los cristales, pero no pudo; quemaban.

Redobló esfuerzos y consiguió bajar los del frontal. Gritó al cochero:

—¿Dónde vamos? Miserable, ¿adónde me llevas?

A pesar de que el carro tenía los cristales bajados, en su interior hacía el calor de una forja. Al venirle esa imagen, palpó bien en su pecho las grandiosas, magníficas insignias. Gracias a Dios, aún no se habían derretido. El León de Birmania, el Dragón de la China, el Lingam de la India, estaban allí, junto con otras, intactas.

—Cochero, ¿adónde me llevas?

No era el mismo cochero, el suyo. ¡Aquel hombre de nariz corva, mentón alargado con perilla, no era su fiel Manuel!

—¡Canalla, detente! ¡Detente o lo pagarás caro!

El carro volaba y el ministro continuaba vociferando:

—¡Miserable! ¡Traidor! ¡Detente, detente!

En una de esas ocasiones, el conductor del carruaje se giró, pero la oscuridad, que poco a poco iba haciéndose absoluta, solo le permitió ver sus ojos, centelleantes de un brillo malvado, cortante y metálico. Le dio la impresión de que se estaba riendo.

El calor iba en aumento. El carro soltaba chispas por las esquinas. Como no podía soportar el calor, se desvistió. Se quitó la chaqueta de gola, y después el espadín, el chaleco, los pantalones...

Sofocado, aturdido, le pareció que seguía con vida, aunque sus piernas, sus brazos, su tronco y su cabeza danzaban por separado.

Se desmayó y, al recuperar el sentido, se vio vestido con una librea chabacana y un grotesco sombrero de copa, dormitando a la puerta del palacio donde acababa de estar y del que saliera, triunfalmente, no hacía minutos.

En las inmediaciones, había un *coupé* aparcado.

Quiso comprobar bien todo lo que lo rodeaba, pero no tuvo tiempo.

Por la escalinata de mármol, grave, solemne, un hombre (o eso le pareció) iba descendiendo los peldaños, enfundado en el uniforme del que él se había desprendido antes, mostrando en el pecho las mismas magníficas, grandiosas insignias.

Una vez que el personaje posó su pie en el suelo, de un impulso, fue hacia él y, abyectamente, como si hasta ese momento no hubiera hecho otra cosa, le inquirió:

—¿Su excelencia desea un carro?

Al igual que esta, hay en Bruzundanga otras muchas historias que corren de boca en boca y se transmiten de padre a hijo.

Los literatos, en concreto aquellos de buen ropero y ademanos de pega, no les dan importancia, aunque tampoco desprecien por completo la literatura oral. Al contrario, casi todos ellos no tienen propiamente obra escrita; su bagaje consiste en conferencias, poesías recitadas en salones, máximas pronunciadas en la intimidad de los amigos, discursos con ocasión de bautismos o de bodas, en los banquetes de figurones o en las ceremonias académicas, limitándose la mayor de las veces a una *plaque*⁸ de fantasías infantiles, antologías de artículos periodísticos de amenidades o bien a un grueso compendio escolar, vendido, al valor de nuestra moneda, a razón de quince o veinte *mil-réis* el volumen.

Son estos los escritores más apreciados y representativos, sobre todo cuando emplean palabras obsoletas y son médicos de amplia clientela.

Allí, en Bruzundanga, se los tiene por «exponentes», y no hay muchacha de dinero que no quiera casarse con uno de ellos. Cosa que hacen a todo correr, porque viven poco, aún menos que sus afortunados libros. Se dan aspectos añadidos. Veamos uno peculiar...

Lo que caracteriza la literatura de este país es una curiosa escuela literaria allí conocida por «Escuela Samoyeda».

No es que todo escritor bruzundangués haya de pertenecer a tal ritual literario; no obstante, los más pretenciosos son los que se consideran sacerdotes del Arte, se dicen graduados y diplomados en ella. Digo «caracteriza» porque, tal y como verán en el transcurso de estas notas, no existe en la mayoría de esa gente una profundidad de sentimiento que los empuje a perseguir el meollo de aquellas cosas que fingen amar, a desentrañarlas por el amor sincero que sienten hacia ellas, a quererlas en su totalidad, a absorberlas. Solo persiguen la apariencia de las cosas. Cuando, por regla general, quieren estudiar Medicina, la medicina que ellos pretenden ejercer no es la de curar, la de ser gran-

⁸ «Opúsculo, librito de corta extensión», en francés.